

CON CIERTO RECUERDO

ANTOLOGÍA



Ediciones **EPC**
de Periodismo y Comunicación

EduLP



CON CIERTO RECUERDO

CON CIERTO RECUERDO

ANTOLOGÍA

Con cierto
recuerdo

CÁMARA DE
DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES


EduLP


Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación



Con cierto recuerdo : antología / Pierre Malladet ... [et al.]. - 1a ed. - La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social ; Editorial de la Universidad Nacional de La Plata-EDULP, 2021.

Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1993-9

1. Narrativa Argentina. 2. Antología de Cuentos. 3. Pandemias. I. Malladet, Pierre.

CDD A863

CON CIERTO RECUERDO

Antología



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)
48 N° 551-599 4º Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644-7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-950-34-1993-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 2021 - Edulp
Impreso en Argentina

Índice

Palabras iniciales

<i>Silvana Rossi</i>	8
<i>Andrea Varela</i>	9
<i>Federico Otermín</i>	10

Antología formato gráfica

<i>Palabras de Virginia Feinmann</i>	11
--	----

Primer premio

El Administrador	13
<i>por Pierre Malledet</i>	

Primera mención

La bicicleta roja	17
<i>por Gabriela Baruffaldi</i>	

Segunda mención

La Ducha	19
<i>por Marcelo Emir Maristany</i>	

Finalistas

Un árbol que florece	23
<i>por Ana María Caliyuri</i>	

Desmutearse	26
<i>por Claudio Casademont</i>	

La casa de la vuelta	28
<i>por Guillermo Cavia</i>	

Caminá, salí de las cuerdas 31
por Sebastián Antonio Jorgi

La fuerza de los aleteos 34
por María Sol Lorenzo

Quiero un café 38
por Elsa Rita Murua Ruiz

Cosechar como forma de vida 42
por Leandro E. Sciutto

Formato imagen física

Ganador

Fernando Julián Martínez 47
por su obra Asistencia a familias de Monte Chingolo

Primera mención

Laura Pi 48
por su obra Estación La Plata

Segunda mención

Viviana Barbero 49
por su obra Mi lugar

En el “Año del Bicentenario de la Provincia de Buenos Aires”, y en el marco del aislamiento social, preventivo y obligatorio, la Sociedad de Escritores de la Provincia, la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires y la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata organizó la convocatoria artística virtual “Con cierto Recuerdo”.

Destinada a todas las personas nacidas o residentes en la Provincia de Buenos Aires, fue una propuesta abierta con el fin de desarrollar trabajos tanto individuales como grupales.

La convocatoria tuvo como finalidad poner en valor la historia y la memoria de nuestra provincia y al mismo tiempo celebrar la multiplicidad de expresiones artísticas y culturales con el objetivo de estimular la producción de materiales creativos y artísticos en cuatro formatos: gráfico, sonoro, imagen fija e imagen en movimiento.

En las siguientes páginas encontrarán los ganadores y finalistas del formato gráfico y los de imagen física.

Palabras iniciales

El Bicentenario de la Provincia de Buenos Aires no era una efeméride más. Sabíamos que no hay homenaje, sin memoria. Junto a un grupo de escritores, escritoras y poetas nos preguntamos cómo recordar esta fecha en tiempos de *pandemia*. Lo primero que surgió fue el nombre “Con cierto recuerdo”. Lo que era un evento inesperado se transformó en una oportunidad. Esta propuesta, transversal, necesitaba de distintos actores, de allí la invitación a la Cámara de Diputados bonaerenses y a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. El resultado está a la vista, los y las bonaerenses se sintieron invitados a mostrar, a mostrarse, a dar a conocer su identidad. Después de un año tan difícil como fue el 2020, este libro demuestra, una vez más, que si nos juntamos, todo es posible. Cuando, en un futuro, evoquemos estos días estoy convencida de que se recordarán, por encima de todo, estas obras que no son más que una pequeña muestra inagotable de creatividad.

Silvana Rossi

Presidenta de la Sociedad de
Escritores de la Provincia de Buenos Aires

Este libro, y la convocatoria “Con cierto recuerdo”, tuvo y tiene como objetivo poner en valor la historia y la memoria de la Provincia de Buenos Aires. Fue y es una manera de celebrar la multiplicidad de propuestas culturales que hay en este territorio. Y justamente uno de los datos que más orgullo nos genera son los distintos lugares, las distintas ciudades desde donde nos llegaron los materiales. Eso habla no sólo del alcance de la convocatoria sino también de la riqueza artística de los y las bonaerenses. Se le dio visibilidad a los marcos subjetivos, a los marcos de acción, a las voces de todas y todos, sin restricciones de formato, poniendo el foco, no solo en géneros tradicionales como el cuento o la crónica, sino también sumando nuevos registros. Otro elemento a destacar es el acceso a estas obras, el libro es de descarga gratuita con el objetivo de incluir la mayor cantidad de lectores. La cultura, lo sabemos, es un derecho.

Desde acá los invitamos a pensar nuevos mundos posibles, a pensarnos en nuevos mundos posibles. Sabiendo que las diversas formas de arte son un lugar de creación y de emancipación en la construcción de otro modo de vivir más justo y más solidario.

Dra. Andrea Varela
Decana de la Facultad de Periodismo
y Comunicación Social (UNLP)

Durante muchos años las y los bonaerenses fuimos contados por otros. Es un orgullo inmenso que existan iniciativas como esta de la querida Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de la Plata, a la que adherimos desde la Cámara de Diputados, que visibilizan el enorme talento literario que hay en Buenos Aires.

La decisión de integrar distintos géneros y formatos es también una manera de abrazar el desafío de construir una identidad bonaerense que dé cuenta de nuestros matices, que no sólo no nos privan del encuentro, sino que constituyen una hermandad basada en la riqueza cultural.

Somos bonaerenses. Y queremos dejar nuestra huella identitaria de todas las formas posibles. Que este libro viaje por el mundo entero. Que sepan todos cuánto amamos a nuestra extraordinaria Provincia de Buenos Aires.

Federico Otermín

Presidente de la Cámara de Diputados
de la Provincia de Buenos Aires

Antología formato gráfica

Palabras de Virginia Feinmann, una de las juradas de la convocatoria:

El ganador del primer premio, “El Administrador” de Pierre Mallet plantea desde el principio una intriga que se mantendrá y dosificará con eficacia, pulsando el texto hasta su resolución final. Con leves indicios, sin que nada se explicita, vamos accediendo como lectores a una certeza incómoda: las figuras a las que recurrimos en busca de seguridad pueden ser quienes en verdad nos acerquen el riesgo.

Ambientado de modo inequívoco durante la pandemia de 2020, “El Administrador” también funciona así como crónica de una época donde conviven la delación, la mezquindad, la generosidad y el miedo, y su universo fue recreado con solidez por una mezcla de objetos específicos y jerga (zoom, barbijo, protocolo). El personaje principal es presentado como figura de autoridad con alusiones a la Biblia y las pestes; la dinámica de una reunión de consorcio está plasmada con gracia y verosimilitud; y estos elementos se conjugan entre sí para entregarnos el sentido profundo del cuento, que resuena amablemente con el clásico de Poe “La máscara de la muerte roja”: ninguna fortaleza es segura para quienes basan su seguridad en la exclusión de los demás.

En cuanto a la primera mención, “La bicicleta roja”, de Gabriela Baruffaldi, valoramos la belleza del personaje y el juego establecido con la figura de Alfonsina Storni. El artefacto bicicleta, construido de modo efectivo con una serie de detalles visuales, e imágenes disparatadas y tiernas en quien lee. La mínima referencia al personaje “Dra.

Julieta" abre a la multiplicidad de sentidos, desde la enfermedad o la locura de la protagonista, y ambas lecturas justifican el final trágico. La poetización de esta muerte, su escisión del realismo crudo hacia un hecho bello y sobrenatural, tiende un puente con tradiciones propias de nuestra región como el realismo mágico o lo real maravilloso.

Por su parte, la segunda mención, seleccionada fue "La ducha" de Marcelo Emir Maristany. Es un texto sin universo palpable ni detalles tangibles que utiliza con propiedad el recurso de "pasaje" de un mundo-dado a un mundo-otro, típico de las obras fantásticas. Se plantean impresiones sensoriales interesantes, y su referencia a la adversidad del mundo dado abre a la polisemia: el protagonista tanto puede haber emprendido un desplazamiento real como un desplazamiento mental interno ante lo atemorizante. En su ejercicio de una exploración que escapa a lo meramente anecdótico, este texto aportó variedad y originalidad a nuestra selección.

Primer premio

El Administrador

Pierre Malledet

El Administrador leyó el e-mail de la Clínica que recién había llegado. La pregunta que lo cegó como el fogonazo de un disparo en la oscuridad, fue cómo iba a decírselo a su esposa y a su hija. La respuesta no era sencilla. Cerró los ojos buscando calma e inspiró profundamente echando la cabeza hacia atrás, hasta que un instante después apagó el teléfono para concentrarse en la reunión de Consorcio de emergencia que comenzaría en pocos minutos. Puso el auto en marcha y pronto recordó lo exasperante que le resultaba la desolación de la ciudad: las calles se arrastraban casi vacías de gente entre las interminables persianas bajas de los negocios, amortajando así la calma de los enfermos que imponía el limitado funcionamiento del transporte público. La peste de COVID-19 se enfrentaba con una cuarentena que había comenzado por quince días pero ya se extendía por un mes, como un feriado eterno que diluía la poca economía que había sobrevivido al anterior gobierno. En su oficina estaba solo ya que sus dos secretarías, una por edad y la otra por asmática, eran consideradas población de riesgo y debían trabajar desde sus casas. Lo mismo pasaba con su asistente y mano derecha, el hombre del trabajo sucio, la hormiga negra que recorría diariamente los edificios donde surgían imprevistos

para encauzarlos a tiempo, ya se tratase de un caño roto o del reclamo por el mal desempeño del Encargado de la limpieza. Su empleado fiel faltaba por diabético, y el Administrador se veía obligado a realizar también esa faena. En ella se incluía presidir reuniones con propietarios adictos a quejas crónicas, provocadas principalmente por el mal convivir entre otras familias elegidas mucho menos que la suya propia para toda la vida o, peor, hasta la misma muerte.

Como la pandemia, como el e-mail que le habían enviado y como todo en definitiva últimamente, la reunión de Consorcio también se trataba de la muerte: el mismo Encargado del edificio que le abrió la puerta para que abordara el hall, fue quien había descubierto que la pareja de médicos que ocupaba el 7° A había contraído Coronavirus. Perspicaz, luego de varios días de no cruzarlos a las horas acostumbradas, el Encargado golpeó su puerta y desde dentro, sin abrir, confirmaron su sospecha. De inmediato la noticia corrió por el edificio como reguero de pólvora provocando todo tipo de intenciones. Mientras unos se acercaban a preguntarles qué víveres necesitaban y salían al balcón para aplaudirlos todas las noches a las nueve en punto, otros pegaban carteles con insultos en el ascensor y les pedían que abandonaran el edificio desde el anonimato del portero eléctrico. Por eso al Administrador no le sorprendió que la reunión fuera un éxito sin precedentes en cuanto a concurrencia: a vuelo de pájaro contó casi treinta asistentes, algunos de ellos ocupando un lugar alejado en las escaleras, con la absurda ilusión de estar cumpliendo el distanciamiento social. Adrede y hoscamente los miró a todos sin mirar, como si no mirara a personas sino a un grupo homogéneo y compacto. Los murmullos decrecieron hasta desaparecer cuando levantó el Libro de Actas como una Biblia que él firmó en primer lugar, y que luego cedió a un propietario para que fuera pasando de mano en mano. El único punto del temario era claro y excluyente: "Protocolo Sanitario de Emergencia ante la pandemia de COVID-19".

Desde el fondo de las escaleras una mujer muy joven con mascarilla transparente y barbijo, fue quien de pronto alzó la voz para pedir

una moción de orden. Con tono imperativo exigió que la reunión no comenzara hasta que todos los presentes tuvieran su barbijo puesto, y que quienes se rehusaran a emplearlo abandonarían el hall inmediatamente. Así volvió el caos de los murmullos elevándose por sobre las cabezas como el humo denso de una hoguera, mientras el Administrador sintió la mirada escrutadora de la joven mujer como una puntada en medio de la frente. Él no era el único que no llevaba puesto un barbijo, al menos serían unos diez los que estaban en la misma situación. Lo importante fue recibir enseguida el ejemplar usado y algo sucio que le alcanzaba el Encargado después de sacarlo de un bolsillo de la camisa, pensando que en ese momento era casi una bendición no tener olfato desde hacía cuatro días. Como por arte de magia los barbijos aparecieron sin protesta alguna, dejando claro que nadie quería retirarse de ese exclusivo purgatorio en pequeño del que formaban ferviente parte. El ASPO* efectivamente enloquecía a todos por igual, sin distinción de credos o de ideas sobre la muerte y la pandemia: no se fueron los que hicieron tronar su vozarrón por los rincones abovedados del hall proponiendo llevar la reunión al aire libre de la vereda, ni aquellos que respondieron que mejor sería trasladarse a la terraza, ni los otros que plantearon desdoblarse para que luego un conciliábulo reducido evaluara las conclusiones de las partes, como tampoco fue a encerrarse en su departamento el que trató de convencerlos con la idea de llevar a cabo el encuentro vía plataforma Zoom. Cualquiera podría haber mocionado hacer la reunión caminando sin barbijos por el parque mientras él llevara atada con un piolín una nube que lloviera Amonio Cuaternario para salvarlos de cualquier contagio, que nadie se habría reído ni escandalizado.

El Administrador sabía bien que debía dejarlos hablar. Sabía de sobra que su primera obligación era dejarlos hacer catarsis, y que cuantos más disparates barajaran su trabajo de conductor luego sería más fácil y didáctico. Esos asustados y doloridos habitantes de la colmena todavía no comprendían que eran el espejo de un horror que nadie podía parar, y que hicieran lo que hicieran la peste, ni mejor ni

peor, solo como un río que desborda su cauce, seguiría con su curso natural de los acontecimientos. La mujer joven de mirada fuerte ya no le pareció tan joven sino más bien extraña, como si hubiera estado escaneándole y escarbándole los pensamientos desde la primera vez que se habían mirado a los ojos. ¿Era morena o trigueña? Al revés que ella, que lo observaba con atención inquisidora, él no podía verla bien. La luz del día decaía en sombras sobre los ventanales, y con las luces del hall tardando en aparecer apenas la intuía. De pronto, como si el miedo a florara por la noche, aquí y allá se impusieron voces llamando a comenzar la reunión urgente. Eran voces que él no conocía, voces que no había escuchado nunca. Era su momento de hablar con tranquilidad y autoridad sobre las medidas sanitarias que tomarían de allí en adelante. Buscó en su saco un pañuelo para secarse la frente, que por primera vez sintió afiebrada, y volvió a preguntarse cómo iba a decírselo a su esposa y a su hija. Entonces, cuando quiso comenzar a hablar y notó que la mujer de la escalera los había abandonado, sólo consiguió pensar en una nube de Amonio Cuaternario lloviendo sobre todos ellos.

*Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio.

Primera mención

La bicicleta roja

Gabriela Baruffaldi

Los que frecuentan la playa Alfonsina dicen que todos los días llegaba puntualmente a las ocho y veinte. Ni un minuto más, ni un minuto menos. Desde la loma la veían bajar como flecha en esa bicicleta destartalada que ella se había empeñado en adecentar pintando de rojo, a pincel, como si fuera una puerta, logrando que ese adefesio con ruedas fuera aún más llamativo. Colgado del manubrio oscilaba un canasto verde; cualquier otra mujer hubiera puesto flores, o libros, pero ella le había soldado, o pegado, una especie de cocinita que según dijo una vez, funcionaba con la energía del movimiento de sus piernas, cocinita sobre la cual hacía equilibrio una pava violeta. En el hueco que quedaba entre las hornallas y el borde enrejado, llevaba el mate, la yerba y una bolsita con migas que luego esparcía sobre la escollera para alimentar a los pájaros que aparecían puntualmente a las nueve y diez. Del freno derecho ascendía una antena en cuyo extremo tenía una cajita plateada, llena de luces verdes y rojas que titilaban sin respiro, a las cuales ella les atribuía la señal de wifi, porque necesitaba estar conectada todo el tiempo por algo de un trabajo. Del borde del asiento salía un paraguas que una vez había sido transparente, emparchado con retazos de colores, que siempre llevaba abierto a

modo de sombrilla, porque según decía, el sol sobre la cabeza encendía ideas poco convenientes. Sobre la rueda trasera había atado con alambres un guardabarros plástico, también pintado de rojo, donde serpenteaba un trozo de manguera agujereada a lo largo, que le servía de protección frente a los perros callejeros que pretendían asaltarle los tobillos. Una vez hizo una demostración y activó el dispositivo de seguridad que estaba conectado con el freno y, de la manguera-colador, salieron chorros de agua hirviendo que la pava equilibrista había conservado en su interior.

Nunca habló de su familia ni de su trabajo, sólo una vez mencionó a una amiga a la que llamó "Doctora Julieta", quien la había ayudado en un momento difícil.

Todos se habían acostumbrado a su llegada estafalaria en contraste con su estadía callada sobre la escollera, donde luego de dar de comer a las aves marinas se sentaba sobre una piedra, sacaba un cuaderno y se ponía a escribir. Podía pasar horas llenando hojas con olor a sal, y sólo se iba cuando el mar se quedaba sin olas, lo cual ocurría al esconderse el sol.

Siempre había alguien que esperaba a que se fuera, era todo un espectáculo verla subir la loma en su estrambótica bicicleta. Pero ese día de finales de octubre, cuando el mar se quedó sin olas, la mujer enfiló hacia las mansas aguas. Los que estaban ahí dicen que de los rayos salieron remos y la muchacha se alejó de la orilla. Su perfume salado quedó en la arena junto con sus cuadernos, mientras las olas formaban un remolino de espuma para recibirla.

Segunda mención

La Ducha

Marcelo Emir Maristany

En pleno aislamiento por la pandemia de Covid19, debí permanecer en mi habitación de la pensión. Todo es extraño, hasta lo que estoy viviendo ahora. Es una historia difícil de creer, pero no por eso verídica. Tan real como esta peste mundial, y tan increíble como ella...

La ducha es un lugar que posee una geografía, o *acuografía*, muy particular. Ahí el escritor encuentra sus temas, sus ideas. Es mi caso. Pero un día traspasé los límites. Todavía no sé cómo explicarlo. La vida en sí misma es un enigma indescifrable. Es algo que se puede analizar, describir, comprobar, estudiar, pero su esencia, lo vital de ella, nadie lo puede explicar. Tampoco yo puedo. Sobre todo en relación a lo que me sucedió aquel día, en mi baño.

Es sabido que nuestro cerebro funciona con un mínimo porcentaje de su capacidad real. No importa si es un diez, un treinta, u otro número. Los números ignoran algunas razones. Creo que en aquel momento llegué cerca del cien por ciento de mi actividad cerebral. Existen capacidades que ignoramos, funciones que lindan con lo fantástico; acciones del cerebro que solo los autores de ciencia ficción (hacia el futuro), o los anónimos creadores de los cuentos maravillosos (hacia un pasado incierto y remoto), pudieron imaginar. Tal vez esos destee-

llos de la imaginación tienen que ver con esas funciones ocultas de nuestro órgano rector. Esas realidades ficcionales quizás respondan a estímulos neuronales. Ellas suelen enviar datos disfrazados que señalan a las potenciales actividades del cerebro. Ahora estoy al otro lado de esas posibilidades. He traspasado los límites de lo comprensible, no de lo imaginable.

Todo comenzó cuando decidí darme una de mis duchas prolongadas. Tranquilo, sin apremios ni apuros, porque estaba solo en casa. Mi esposa estaba en lo de su hermana con mis hijos (a quienes extraño a horrores). Puse la estufita eléctrica, busqué la toalla más grande, preparé la bata de baño y el equipo de afeitarse.

Mientras el agua caía por los canales naturales de mi cuerpo, mi mente, desconectada de asuntos cotidianos, comenzó a transitar por los laberintos sinuosos del pensamiento, donde la razón, la metarazón y demás poderes, actúan con más libertad.

El agua estaba a una temperatura ideal, ni tibia ni demasiado caliente, para activar los mecanismos de la mente, las funciones del cerebro. Creo que esa famosa inspiración de la que hablan los poetas y artistas, atribuida a la intervención de las musas, no es otra cosa que la acción de las neuronas estimulada externamente. Tiene que ver más con lo sensorial que con lo emocional. Aunque las emociones sean, quizás, también reacciones químicas.

El hecho concreto fue que, al exprimir suavemente mis neuronas, alcancé un punto sin retorno. Sentí que yo era mi cerebro. Algo que suena obvio, pero no lo es. De todos modos, ni aún ahora, con esta nueva forma de existencia, estoy seguro de esa dualidad. Una parte del binomio es nuestro cerebro; ¿la otra? ¿El alma; el espíritu? No lo sé. De lo que estoy seguro es que en aquel momento, mientras el agua seguía cayendo, esas dos partes se fusionaron en una. Los dos "órganos" se fundieron. Fue como si ambos ojos se unieran dando origen a un solo globo ocular, con una visión diferente. O que el organismo entero se transforme en un solo órgano, el cerebro, en mi caso.

Mis átomos parecían girar en sentido inverso, o detenidos. Para luego asumir una nueva estructura. En un instante sentí que yo, mi cuerpo, era totalmente de agua. Luego, todo hidrógeno; más tarde, oxígeno. Mi cuerpo invirtió su sensibilidad. Sentía el agua sobre mi piel, pero fría. Mi sangre hervía, aunque no percibí malestar alguno. Era una metamorfosis placentera. Todo parecía dirigirse hacia un clímax. Solo faltaba una banda de sonido acorde, como en las películas. Antes de llegar a ese punto, me desvanecí. Recuerdo haber estado sobre mi planeta por unos breves segundos. Fue como bajarse de un vehículo que viaja a una velocidad increíble. Porque mi esfera natal siguió su órbita, veloz, y yo quedé cada segundo más lejos de ella. Descubrí que yo también viajaba a esas velocidades. Los planetas pasaron cerca de mí; yo pasé cerca de ellos. Traspasé a la estrella central, sin sentir su inmenso calor. Una fuerza extraña y poderosa me arrastraba, no supe a dónde...Hasta que desperté aquí. Ustedes saben que digo la verdad, aunque no puedan entenderme. Sí, a ustedes me dirijo: los habitantes del otro lado del gran agujero gravitacional. No tengo demasiadas esperanzas de volver a mi mundo. El cerebro es un complejo y extenso laberinto. Yo me perdí en uno de esos corredores, quizás todavía no permitidos a los humanos. Y ustedes, aún con sus avances científicos, son incapaces de regresarme a mi tiempo y espacio. Tal vez un día, esta su ciencia logre tal prodigio. Yo lo logré parcialmente, sin saberlo, pero no sé cómo desandar el camino. Pero ustedes me siguen mirando, sin decirme nada, solo hablando entre ustedes en un lenguaje que no comprendo.

Finalistas

(ubicados por orden alfabético)

Un árbol que florece

Ana María Caliyuri

Catalina Mastropierro camina bajo la llovizna. Es invierno, hace mucho frío, pero nada ni nadie la detiene. Camina sin rumbo fijo. Camina con angustia en la garganta. Camina con dolor en los párpados de tanto insomnio acumulado. Camina sola y pensante. A pesar de la “cuarentena obligatoria”, de tener casi setenta años, del riesgo de contagiarse el virus, salió a la calle. En realidad, necesitaba despejar su cabeza. No es justo en la vejez jugar a las escondidas con la debilidad. Ya no. Pero así es cuando de pronto, la vida que era calma da un respingo de caballo sin riendas y se convierte en otra cosa que no tiene palabras, o sí, pero cuesta trabajo hallar las adecuadas.

Desde que empezó la pandemia, la memoria de Cata se llenó de hilos de todo color y tamaño como formando un laberinto donde impera la noche cerrada. Hilos de recuerdos que la atan a los tiempos de la última dictadura en Argentina, donde el encierro y la oscuridad de los hechos fueron la misma cosa. Si bien sabe que este es otro tiempo, que la democracia y el estado de derecho alivian la vida y el alma, con solo pensar en algún tipo de encierro se siente asfixiada.

La historia late dentro de ella; siempre dice que la historia no es un libro con hechos que se narran, es mucho más que eso cuando la muerte es una gran mancha humana que aún tiene gente que la siente y la llora, sin tiempo ni distancia.

Cata tampoco vislumbra si algún día olvidará la cicatriz que lleva impresa cuando le cortaron sus pétalos. ¿Quién osaría juzgar los sentimientos que la envuelven a diario? En los pueblos chicos y no tan chicos las historias llevan rostros que se cruzan en la misma acera, y no todas portan lágrimas encerradas.

Los vecinos destacan de Catalina su sonrisa afable y su mano para cocinar. Cuando el aroma a bizcochuelo de limón sobrevuela el edificio, todos saben que viene del 3ºD. Ella los regala como recompensa

para cada uno de los que la ayudan haciéndole algún mandado. Claro que, por su personalidad independiente, no le gusta molestar, y solo en casos de excepción, pide algo.

Cata, como le dicen todos, vive sola, y aunque lleva muchas décadas sobre su espalda, nadie lo nota demasiado: usa anteojos modernos, es ágil en su andar y su mente guarda lucidez.

Antes del “virus rey”, cada día de la semana cobraba un sentido diferente para ella: los lunes asistía a un curso de lengua extranjera, los martes almorzaba con sus nietos Carola y Marcos, los miércoles iba a baile para la tercera edad, los jueves la cita obligada era al taller de lectura y los viernes eran para aprender a manejar su computadora. El fin de semana lo repartía entre las visitas a sus hijos y amistades, el cuidado de las plantas que tenía en su balcón, la limpieza general del departamento y la elaboración de comida para la semana.

A Cata siempre le gustó cocinar para guardar en el refrigerador. “Por si viene alguien”, dice siempre. Pero ahora las cosas han cambiado. Ella es de riesgo, como dicen los que saben, y, si se llega a contagiar el virus, va a estar en serios problemas, entonces acepta el *statu quo*; no le queda otro remedio. Al principio mantuvo su espíritu alto, pero las cosas van para largo, últimamente se la nota ojerosa y un tanto demacrada.

Cuando Sol Gomez, su vecina de departamento, la vio sentada en el vestíbulo con la mirada gacha, intuyó que algo la preocupaba.

—Cata, ¿sube? —le preguntó con voz suave, al tiempo que llamaba al ascensor.

—Ni loca, nena. Mejor es estar en forma, tres pisos no es nada —respondió con cierto aire de disimulo—. Recién llego de caminar más de 6 km y voy a subir por las escaleras.

—Mmm... ¿no se agita?

—Sí, claro que sí, pero más me agita entrar en esa cosa hermética. Ya bastante con el encierro diario, ¿no?

Después que lo dijo, supo que era tarde para retroceder. Sol la miró con pena.

—Cata, ¿le tiene miedo al ascensor?

—No, para nada. Lo que pasa es que alguna vez estuve encerrada injustamente en un lugar sin poder salir y ahora con todo esto de la pandemia quién sabe adónde voy a ir a parar si me enfermara. Me trae a la memoria cosas muy feas del pasado —respondió con lágrimas que bajaron rápido para dejarse absorber por el barbijo.

—Simplemente es hasta que todo pase —respondió Sol, con voz iluminada—.

Este tiempo espinoso me recuerda al cactus de su balcón, tiene espinas, pero también una hermosa flor amarilla.

Por esas cosas que tiene la mente, Cata se vio en retrospectiva. Se recordó joven y luminosa, y aún en las peores circunstancias, libre de pensamiento, y alma capaz de florecer a la luz de sus sueños. “La libertad es un pájaro de mil alas”, pensó, y no todas se pueden mutilar. Se alzó de la silla, le dio un beso al barbijo de Sol con su tapabocas puesto y salió hacia la calle.

Es invierno, hace mucho frío, pero nada ni nadie la detiene. Camina con rumbo fijo. Camina sin angustia en la garganta. Camina sola y pensante. Se detiene frente a una librería, compra un libro que la acompaña en el camino de vuelta a su casa. Es de Haroldo Conti, lo abre y, como resonando de lejos, escucha en su corazón la voz perdida que nunca morirá.

Al llegar a su casa, se prepara unos mates y va hacia el balcón. Se sienta a leer. De sus brazos nacen flores amarillas, de su cabeza, un horizonte mejor. No sabe si es por obra de los buenos pensamientos que finalmente florecieron, o por el cuento leído. Tampoco importa demasiado.

Cata con la mirada extendida, tal vez hacia el infinito, repite con una sonrisa calma: “Uno piensa que los días de un árbol son todos iguales. Sobre todo, si es un árbol viejo. No. Un día de un viejo árbol es un día del mundo”.

Desmutearse

Claudio Casademont

—Mi hermana es Clara Anahí.

—Verónica, por favor, desmutéese.

Verónica se queda inmóvil. Ve en las pantallitas del zoom a los integrantes de la Mesa Ejecutiva de la Comisión Provincial de la Memoria y escucha las instrucciones para habilitar su micrófono pero los mira fijo, como si se hubiera transformado en una foto, sin poder hacer ese clic que le están pidiendo. Sabe cómo manejar el zoom, porque es docente y lo usa desde que empezó la pandemia. Dijo lo que quería decir. Pero nadie la escuchó, porque estaba muteada.

En vez de reaccionar, su mente retrocede hasta sus ocho años, a ese día en que se quedó en su casa en vez de ir a la clase de danza en el Teatro Argentino, porque su padre la llamó a su madre desde la Gobernación para avisarle que no la llevara. Ella, que no faltaba nunca, no se animó a preguntar por qué. Tampoco su madre, que acababa de hacerle el rodete con la redecilla. A su papá lo enojaban las preguntas.

Fue la tarde del incendio del teatro, cuando sus compañeritas tuvieron que bajar las escaleras rápido pero sin correr, como les dijo la profesora, y refugiarse en la casa de la esquina de 10 y 53, en lo de esa señora que les abrió la puerta para que no se quedaran en la calle, con sus mallitas y sus zapatillitas de baile. Primero habían ido a la comisaría que está frente al teatro, pero no las dejaron pasar para protegerse del humo y del fuego, porque la comisaría no era un lugar para andar metiendo chicos.

Algo sabía su papá que los demás no sabían. Se dio cuenta cuando escuchó a un vecino que trabajaba en la orquesta que decía que el incendio había sido intencional, porque unos días antes habían amontonado bidones con thinner en el área de escenografía, que justo le habían dado franco a los bomberos más expertos y que hasta habían

desaparecido unas bolitas de vidrio que se tiran sobre las llamas y largan un líquido que ayudan a apagar el fuego cuando explotan.

Se acordó de aquella misma noche, cuando se largó a llorar durante la cena y su papá le dijo que mejor que ese teatro viejo se haya quemado, que seguro hacían uno nuevo. En la tele decían que iban a ver si se podía reconstruir, pero su papá ya sabía que iban a hacer uno nuevo.

—Verónica: ¿ve dónde está el micrófono como tachado, abajo, a la izquierda? Haga un clic ahí, para desmutearse.

La mano seguía inmóvil sobre el mouse. Ahora se acordaba de unos meses antes del día del incendio. De cuando su mamá le dijo que le iba a contar algo que la iba a poner muy contenta, que iba a tener esa hermanita que quería tener.

Una nena. Su mamá sabía algo que su tía Adriana no sabía antes de que naciera Florencia, su prima, porque no supieron si iba a ser un varón o una nena hasta que Flor nació. Y no iban a tener que esperar muchos meses para que creciera en la panza de su mamá. La hermanita iba a llegar ese mismo día de finales del '76. Su papá la iba a traer en un rato. 24 de noviembre, el día del cumpleaños de Analía, su hermana.

—Verónica, ¿nos escucha? Habilite el micrófono. Pruebe hablar, para que la escuchemos.

Ahora sí. Hizo un clic.

—Mi hermana es Clara Anahí.

Lo dijo y se largó a llorar, como aquella noche en que se quemó el teatro. Ahora todos sabían algo que antes solo ella sabía y le resultaba insostenible seguir callando.

La casa de la vuelta

Guillermo Cavia

Nosotros vivíamos a la vuelta, exactamente a siete casas. La mamá era profesora de Biología y daba clases en el mismo colegio que asistíamos con mi hermano. Él a primer año de secundario y yo a tercer grado. Era una mujer muy fina y agradable que solía usar un perfume que todavía recuerdo. Mi hermano dice que la tuvo en el aula varias clases y que explicaba muy bien, que tenía una claridad perfecta al hablar. Vivir a la vuelta es estar mirando hacia otro lado. Si mi casa da al Este, la de la vuelta da al Norte o al Sur. Mis incursiones en la vereda de la profesora de biología se daban mientras paseaba en mi bicicleta verde claro y allí a veces, en las tardes de verano y primavera, la mujer se sentaba con su niño pequeño que apenas caminaba. En mis vueltas lo saludaba. Era un niño hermoso con el pelo de trigo y los ojos de campo. Como viento pasaba cerca de él agitando mi mano derecha hacia un lado y a otro saludándolo a él y a la mamá.

“Saluda Andrés, decile chau al nene”, le hablaba la madre mientras yo como trompo giraba y daba vueltas a la manzana. Había otras, muchas casas, pero creo que esa era la más bella. Las ventanas eran grises de hojas altas, cuyos balcones se engrosaban hinchados hacia fuera con barras de bronce. En los marcos de los portillos calzaban las caras de angelitos, que parecía siempre miraban para ver quién entraba y quién salía. La puerta de dos hojas en la entrada, como el resto de las aberturas, eran en madera de roble lustrado y la fachada estaba pintada de celeste suave, casi pastel, que marcaba los voladizos, las líneas encastradas y ornamentos. La casa con su belleza me llamaba y siempre tuve intriga de estar allí dentro.

Hasta hoy

Puedo haber soñado durante un tiempo, puedo haber perdido un cielo o quizás dos. Mi niñez transitó en absoluta paz, entre libros de aventuras, los amores de mis primas, los buñuelos de la abuela. Luego las hadas me dejaron una tarde de rocíos y esencias en medio del beso a Mariel. Vinieron las visitas al campo de Dora y José. La vida persiguió su andar y mi mirada que siguió dando al Este, en donde aprendí a recibir nuevos vientos, distintos tiempos, una carrera y los sentires plenos.

La casa bella de celeste suave a poco de mis rondas en bicicleta cambió. Una mañana lo advertí. Una de las ventanas de hojas estaba abierta y uno de los vidrios biselados estaba roto. Mi corta edad no me había permitido comprender, ni siquiera advertir que la señora agradable y su bebe ya no estaban viviendo allí. Con el paso del tiempo el celeste se fue ajando y las tres ventanas de hojas cayeron, venciendo a las bisagras por su propio peso. La puerta de roble permaneció cerrada y la única abertura posible era el vidrio roto de la primera ventana. Por el agujero más de una vez miramos con mi hermano, pero la oscuridad no nos dejó ver más allá de unas telarañas y un escritorio con una silla encima, como si se quisiera alcanzar una lamparilla de luz.

La vida tiene tantos cruces como puede. A veces la sombra se cruza con la luz, otras la vida con la muerte. No son antagonismos, sino encuentros. No son palabras diferentes sino vocablos que se cruzan, van y vienen y se hallan, coinciden en tiempo y espacio.

Hace años que tengo el programa de radio, todas las noches, de 22:00 a 23:00 horas. Es una radio modesta de la ciudad de La Plata, pero con buena audiencia. A mi mesa se han sentado escritores de barrio, concejales, alumnos de escuelas, músicos, deportistas, vecinos, personajes. La hora transcurre en torno al invitado, es una charla en donde él trae la música que se ha de escuchar y que nos acompaña de fondo. Luego conversamos, de su vida y del país en el que nos toca vivir. La gente puede llamar y opinar. La audición anda tan bien que

he tenido propuestas de otras emisoras, pero la verdad estoy cómodo en ésta ámbito.

La noche termina, es martes 05 de junio de 2001, acabo de entrevistar a un joven de 24 años que pertenece a una agrupación de personas desaparecidas en tiempo de la dictadura. Estoy cerrando el programa con Sui Generis, que se siente como un símbolo. El muchacho me contó de su vida, de la desaparición de sus padres y el porqué de cada iniciativa que toman. Tuve gran cantidad de llamadas y la hora del programa voló. Se escurrió como a veces lo hace el tiempo cuando puede. La fecha de hoy no es una fecha más y esta entrevista tampoco lo ha sido, porque el azar me ha dejado en medio de un cruce. Como una luz que puede atravesar el espacio y a varias estrellas. Como septiembre que despierta las flores y a todos los duendes. Como si una hoja de otoño eligiera caer sobre un espacio exacto de tierra y no en otro, sino ahí.

El joven con el que camino por la calle es mi entrevistado. Le digo que el 05 de junio de 1977 yo tenía 8 años y una bicicleta verde claro, que entonces como ahora la libertad era parte de mi vida y en ella me echaba a andar. Nada más ocurría para mí en esa época de juegos y paz. Él me mira y se ríe mientras avanzamos. Caminamos varias cuerdas hasta que nos detenemos en una vereda. Allí extrae del bolsillo de su jean una llave que abre una puerta de roble. Porque el azar, porque uno de los cruces de la existencia me sorprendió en esta noche. Porque me estaba dando cuenta que frente a la mesa de trabajo, en la entrevista, tenía a Andrés, el mismo niño de cabellos de trigo y ojos de campo. El mismo que vivía con su mamá en la casa de ángeles que miran, que ahora me abre la puerta en medio de la noche, a la vuelta de mi casa.

Caminá, salí de las cuerdas

Sebastián Antonio Jorgi

A Santo Zaccaría, siempre.

Con cierto recuerdo, con mucha nostalgia, a don Santo Zaccaría, entrenador, manager y profesor de los chicos de Lanús. Talentoso, sacó dos campeones mundiales: Látigo Coggi y Sergio Victor Palma. Pero fue un hombre ejemplar, generoso, con los amigos y vecinos de Lanús. Este y en el mundo controvertido del boxeo. Mi homenaje, al ser humano inmenso, con este cuento.

Creí que me mataba el grone, tenía la pose de Kid Gavilán y la mirada felina de Alberto Lovell, apenas sonó la campana y el referí hizo el ademán de que empezaba el primer round, me vino un miedo de órdago. Mi vieja no quería que yo practicase boxeo, aunque cada vez que Santo pasaba por casa a buscarme, trataba de tranquilizarla.

—No le va a pasar nada al Negrito, quedate tranquila Lucía.

Y sí, hasta el momento no me había pasado nada, un campeonato cadete ganado, seguro porque tenía al Barba de mi parte y porque mi zurda medio inútil mantenía la distancia jab a jab en directos, pero ahora la lluvia de golpes de nomás en la largada me hicieron retroceder. Sentí las sogas en la espalda, sentí que rebotaba hacia adelante, presentí que si me barajaba con su derecha me iba a la lona. Lo agarré, le trabé los brazos como pude, pero el referí, el gordo Celentano, me sacó del clinch.

Ya no era lluvia, sino una tormenta el grone mota, con el pelo enrulado. Sentí la voz de Santo:

—Caminá, salí de las cuerdas.

En vez de caminar, quería salir corriendo. Me cubrí con la guardia, sentí los golpes en los brazos, vi la cara del grone mota, parecía una fiera, una pantera. Hice lo que pude en aquel primer round, tres minutos que eran una eternidad. Lo miré de costado a Santo, me hacía seña que caminase al costado.

—Movete, caminá, caminá.

Sonó la campana. Pero faltaban dos eternidades de tres minutos. En el refresque, Santo me dijo:

—No le tengas miedo, está bastante cansado de tirar, fíjate cuando levanta la derecha, pegale en el hígado con la zurda, una y otra vez. ¿Me entendiste? Vamos.

—Sí...

Lo había entendido, pero había que estar.

—Si no lo calzás, perdemos, vamos Negrito. Desde las cuerdas, ahí lo calzás, primero con la zurda y probá el uno-dos, vamos.

Perdemos. Carajo, vi al loco Mussi, al Chiche Morabito y a Pirolo, al viejo Torterolo y a mi tío Joannino. Seguro que mi vieja lo había enviado a pispear, vi a otros del barrio. ¿Qué se creían? Yo no era Cirilo Gil ni Kid Pateta. En la punta del ring-side vi a Pinaúl, el diarero. El Mota tenía una hinchada tupida, eran del barrio Centenario Uruguayo, pasando la plaza Villa Obrera.

Segundos afuera. Se vino de nuevo como una tromba. Me fui para atrás, me amagué en las sogas, y envié la zurda a un claro posible del hígado. El mota se dobló y quedó como petrificado, bajó los brazos.

—Otra, otra, lo tenés.

La voz de Santo tronó. El Mota dobló las rodillas y cuando lo iba a calzar con la derecha, el gordo Celentano me frenó y empezó la cuenta. Arrodillado, juro que me dio lástima, no se levantaba... 6...7...8... me miró con cara de dolor y de rabia. La toalla cayó sobre la lona. Sentí los gritos, los *vivas*, medio sin saber del todo qué pasaba, aturdido por el griterío, me levantaron en andas.

—Vos siempre haceme caso, Negrito —dijo Santo, con voz grave, pero sonriendo—. En la semana hablamos.

—Vamos a comer pizza al Conejito, Negro, te esperamos —dijo el loco Mussi.

—Vamos a festejar—dijo Chiche Morabito.

—A casa—ordenó Santo— Che Joannino, llevalo a casa.

Y mi tío le hizo caso. Con el sabor del triunfo, que me duró el fin de semana, haciendo alarde del nocaut, llegó el entrenamiento del lunes en el boxing, a media cuadra de casa, en Pringles, entre Salta y Córdoba. Tenía un presentimiento raro, me sonaban las palabras de Santo, “en la semana hablamos”.

Y precisamente, volví al gimnasio de la calle Pringles, a media cuadra de mi casa, sobre la misma vereda.

—Hola Negrito, cámbiate, hacé sombra y después soguita alrededor, puching quince minutos. Respiré hondo.

Al terminar el entrenamiento, Santo me dijo:

—El viernes entregamos las medallas, Negrito, se acabaron las peleas y los campeonatos para vos, te felicito. Te retirás con un par de campeonatos y un nocaut inolvidable.

Me abrazó y dijo, terminante:

—A estudiar tu secundario de ahora en más ¿estamos?

La fuerza de los aleteos

María Sol Lorenzo

Fue un suceso absolutamente inesperado, casi ficticio, que rayaba con lo absurdo e inverosímil.

¿Cómo alguien podría haber sido capaz de realizar tal acto? ¿Acaso existía un ser tan despiadado como para hacerlo sin sentir algún tipo de remordimiento?

La noticia recorrió el mundo entero. Desde Inglaterra hasta el país más remoto, sus ciudadanos hablaban y debatían del asunto con toda la seriedad que merecía, frunciendo el ceño e incluso llegando a tener discusiones acaloradas porque familias enteras tenían opiniones contradictorias entre sí.

La testigo aún recuerda, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, la forma en la que halló tirado su cuerpo en un camino desolado. Parecía como si estuviese durmiendo, pero en realidad, sus pequeños ojos se habían cerrado para siempre hacía ya varios días. En esa época, relataba con dificultad la forma en la que fue corriendo a avisar a la policía, incapaz de actuar por sus propios medios.

No tenía ningún problema de salud. Tampoco estaba en edad de fallecer, ¡era tan joven! De hecho, al hallarla, parecía por completo ajena al entorno. Sus alas, todavía extendidas y con un color naranja brillante que la distinguían a la distancia, estaban impolutas. La tierra a su alrededor no las había ensuciado ni siquiera un poco. Era como si hubiera estado dentro de una caja de cristal incluso en ese momento, como si nunca hubiera volado por el cielo, disfrutando la suave brisa primaveral.

Era una mariposa. Un insecto tan delicado e inocente, que provoca pavor la idea de que alguien pudiera poner siquiera un dedo encima de ella.

Porque se sospechaba, por supuesto, que se trataba de un homicidio. Las condiciones climáticas de aquél verano hacían casi imposible

que una tormenta arruine su vuelo, y las otras posibilidades accidentales parecían tan disparatadas que habían sido descartadas de inmediato.

—Por supuesto que es una pérdida lamentable, pero, ¿qué andaba haciendo por ahí? Las mariposas, al igual que el resto de los seres vivos e insectos, deben aprender a velar por su propio bienestar y...—los medios más conservadores no se hicieron esperar para dar opiniones que nadie requería.

Pronto este pensamiento se convirtió en un juicio popular, y cada vez más noticias semejantes relacionadas a las mariposas salían a la luz, aunque rara vez alcanzaban tanta relevancia. De hecho, fueron integradas a una normalidad alarmante en donde no destacaban más que un asalto en un barrio marginal.

Yo ni siquiera había cumplido cinco años cuando esto ocurrió, por lo que pertenecía a esa generación que creía que ese pensamiento expandido por los medios de comunicación era certero, y afirmaba que cada uno era responsable de sus propios cuidados.

Pero algo me hizo cambiar de opinión. Ocurrió la primavera en la que cumplí dieciocho años, cuando las flores en el jardín de mi abuela comenzaron a nacer. Cada vez que empezaba a hacer algo de calor, yo acostumbraba a leer bajo la sombra de un árbol, y normalmente las mariposas revoloteaban alrededor.

Ese año en particular me tomó por sorpresa porque con el correr de los días, me di cuenta de que no había visto a ni una de ellas, ni siquiera en los días más soleados.

—Abuela, qué raro es que todavía no hayan mariposas, ¿no? —le dije una tarde. Mi abuela suspiró. Para ser sincera, nunca la había visto tan abatida.

—Con todo lo que se les dice, ¿quién sería capaz de salir? Si al final siempre te culpan a vos.

Ella siempre fue una de esas personas con las que la gente no suele discutir. Algo que le molestaba muchísimo, porque amaba hacerlo. Yo ya estaba acostumbrada a que no coincidiera con lo que la mayoría

pensaba, por lo que sus palabras respecto a las mariposas no me sorprendieron en lo absoluto.

—Pero no es así, es obvio que si salen solas les va a pasar algo; parece que buscan que... ¡Ah!— probablemente fui la primera persona que la contradijo en mucho tiempo, pero no por eso tenía derecho a pellizcarme el brazo—. ¿Qué te pasa, tenés demencia ahora? — solamente por decir eso, me volví a pellizcar.

—Irrespetuosa, — me retó—; con ese criterio, no te podés quejar. ¿Qué hacías en mi casa a esta hora? ¡Ya estás grande, te podrías cuidar sola!

Ese razonamiento me persiguió por varios días. No era mi culpa que la abuela me pellizcara; y yo sabía a qué iba dirigido ese comentario. Podría haber ignorado esa conversación, de hecho, lo intenté; pero me fue imposible. Mi propia rutina me lo impidió, poniéndome frente a situaciones que prácticamente me obligaban a recordarla.

Una de ellas pasó cuando iba caminando a la escuela. Justo una cuadra antes de llegar, una multitud estaba en la esquina. Al principio pensé que era una manifestación, pero al acercarme, ninguno protestaba por nada. Sólo estaban ahí, parados, esperando.

— ¿Qué está pasando?— Pregunté.

—Dos mariposas iban solas y las atropellaron, tenemos que esperar hasta que llegue la policía.

No pude con mi genio. La respuesta salió de mí, como si siembre hubiese sido una defensa de los derechos de esos insectos.

¿Y cuántas mariposas tienen que ir juntas para que dejen de ir solas?

Me miraron extrañados, pero no dijeron nada. Seguro pensaron lo mismo que yo al principio.

Poco a poco, apareció más gente que pensaba como mi abuela. Fueron pequeños grupos que se juntaban frente a edificios públicos, haciendo protestas con pancartas grandes en las que escribían frases que empoderaban a los insectos.

Pero a pesar de tan hermoso movimiento, las mariposas habían comenzado a desaparecer. Al principio paulatinamente y, de pronto, su presencia dejó de ser parte del día a día por completo. Muchos se preguntaban qué les había sucedido; algunos afirmaban que finalmente el miedo había sucumbido ante ellas, otros que habían entendido que era mejor no salir, y los más pesimistas afirmaban que dejaron de existir.

La única persona que podría tener una visión optimista era mi abuela. Sin embargo, antes de que pueda comentarle, ella falleció. Fue un día cualquiera de un octubre particularmente frío. Por esa razón y porque los exámenes me estaban atosigando, mis visitas a su jardín cesaron por un tiempo.

Volví en diciembre. El calor ya era casi insoportable, pero bajo la sombra de los árboles se toleraba bastante bien.

Apenas me había sentado e iba a abrir mi libro, cuando dos mariposas se posaron en la portada.

Y tras ver aquellas pequeñas aladas revolotear sobre mi libro, supe que todos esos dichos eran falsos. Brillantes, vivaces y rebosantes de alegría. Entonces entendí que quizás el miedo no las había hecho desaparecer. No, claro que no. Las había hecho armarse para la revolución. Porque solas eran maravillosas, pero juntas eran más fuertes.

Quiero un café

Elsa Rita Murua Ruiz

Es otoño. Año 1942.

Mamá me está cambiando porque vamos a salir.

Vamos a visitar a Doña Antonia. Una señora viejita amiga de mi abuelita y estoy con que no quiero ir.

—Mamá ¿Por qué tenemos que ir a ver a Doña Antonia? No tengo ganas de ir

Es otoño. Año 1942.

Mamá me está cambiando porque vamos a salir.

Es jueves día de visitas en la ciudad, como es la costumbre y vamos a visitar a Doña Antonia, una señora viejita, amiga de mi abuelita y estoy refunfuñando

—Bueno le prometí que iríamos. Vamos y volvemos temprano.

— ¿Me lo prometes?

—Sí, mi vida.

Entonces me conformo y mamá continúa cambiándome.

Mi ropa está muy pulcra y mis zapatitos bien lustrados. Es que mamá es muy prolija y le gusta que luzca bien.

La tarde es hermosa, el otoño está en su apogeo, el sol está tibio y se ven los rojos, marrones y amarillos de las hojas que lentamente van desvistiendo a los árboles, formando una bella alfombra sobre la que me gusta caminar pisando con fuerza y escuchar el cric-crac que producen cuando camino.

La casa de Doña Antonia no está lejos, pero mamá me lleva en mateo, no en uno de esos taxis nuevitos que aparecieron hace poquito.

Ella sabe que a mí me gusta andar en coches tirados por caballos y lo hace para darme un pequeño gusto.

Mamá está muy elegante con su nuevo vestido y su sombrero con un pequeño velo que le sienta bien, pero todo negro. Es muy bonita.

Llegamos, me da su mano enguantada para bajar.

Una vez en la vereda, paga el viaje, me acomoda la ropa y muy er-
guidos estamos a la puerta de la casa de Doña Antonia, me alza y me
permite tocar con el llamador.

Doña Antonia está esperándonos vestida toda de negro también.
No me gusta la ropa negra. Ya se lo dije a mamá pero no me hace caso.

Cuando abre la puerta y me ve, se vuelve loca de cariño. Me alza,
me aprieta, me estruja, lo que me hace sentirme mal y lo peor de todo
es que me llena de besos y su cara pincha.

Pero debo soportarlo tieso, con los ojos cerrados porque ella me
quiere mucho, me dijo mamá.

Luego de tanta efusividad me baja y nos conduce a la sala, ¡La sala!
¡Uuuuuy...! la sala!, ese lugar enorme, cerrado, casi sin luz, ahora, por-
que antes no era así. No sé por qué será.

Los sillones tan grandes, tan altos, rojo oscuro, que parecen más
oscuros por las cortinas corridas.

Me siento al lado de mamá y miro alrededor.

— ¿Qué puedo hacer?

— Nada.

El aburrimiento comienza a invadirme pero debo comportarme
como me dice mamá, estar en el asiento sin revolverme, las manos
quietas y no interrumpir cuando los mayores hablan. Sólo puedo ha-
blar si se dirigen a mí.

Despacio nuevo imperceptiblemente mis pies y miro los deste-
llos de brillo que desprenden mis zapatitos con ese rayito de sol que
se cuela por la estrecha hendidura de las cortinas corridas y los toca.

Estoy absorto con mis zapatitos, cuando de repente irrumpe en la
sala el gato blanco de Doña Antonia y corre frenéticamente por todo
el lugar, por debajo de la mesita, los sillones, se esconde espía, sale de
nuevo, salta y se va corriendo otra vez.

Me hace reír a carcajadas tanta travesura.

— ¡Aaaaaah! ¡ ¡Uuuf! Me puedo expresar un poco.

Las dos señoras me miran con benevolencia.

¡Cómo envidio al gato que puede moverse a su antojo!

Para merendar, Doña Antonia siempre tiene masitas y otras cosas ricas que ella misma prepara y sirve en la mesita que tiene una tapa muy trabajada con trocitos de mármol.

Hoy nos convida con suspiros del cielo. Ella y mamá beben té con leche y a mí me trae un delicioso vaso de jugo de frutas.

Antes de servirme debo mirar bien cual pieza voy a tomar, porque la comida no se debe toquetear.

Como y bebo saboreando lentamente tanta delicadeza, como los niños bien educados deben hacerlo.

Menos mal, ahora puedo moverme un poco.

El jugo lo hago durar para poder moverme más.

La conversación entre ellas se reanuda y hablan de mi abuelita que hace bastante que no la veo. Me dijeron que está de viaje y de Don José el esposo de Doña Antonia que también hace mucho que no lo veo.

Los ojos de las dos de repente brillan intensamente, pero sólo un momento, nada más, porque también hablan de otras cosas que no entiendo.

El aburrimiento es tan grande, que de repente digo bajito

—Quiero café.

—¿Qué quieres mi vida? pregunta Doña Antonia.

—Quiero café —digo más fuerte.

—Ya sabes que los niños no beben café —dice mamá mirándome muy seria.

—Pero yo quiero café —insisto más fuerte aún.

Doña Antonia va a la cocina mientras mamá intenta hacerme entrar cariñosamente en razones.

Es inútil, porque yo sigo queriendo café.

Doña Antonia vuelve a la sala, con otro vaso de jugo más apetecible que el anterior. Este viene con el borde glaseado con azúcar, adornado con una rodajita de naranja y se ven trocitos de fruta en su interior. También me trae una cucharita.

Me lo ofrece y yo me estoy revolviendo, sacudiendo la cabeza, zapeando y he puesto mis manos en la espalda sujetando con fuerza una a la otra, no sea cosa que una se me escape y coja esa delicia.

Ahora a los gritos pido café:

—¡Quiero café! ¡Quierooooo cafeeeeeeee!

Ya no puedo volverme atrás, es cuestión de principios. El rostro de mamá está demudado, se levanta y dice.

—Antonia, nos vamos.

Toma su cartera y nos dirigimos a la salida y se disculpa por mi berrinche.

—No tiene importancia, dice Doña Antonia.

—No es así como lo educó, dice mamá.

Luego de una rápida despedida, mamá me toma de la mano firmemente y con paso acelerado volvemos a casa.

Ya en casa, en la cocina, debo sentarme a la mesa y esperar según me ordena mamá que se mueve con diligencia haciendo café llenando una cafetera de dos litros que pone delante de mí diciendo...

—Querías café, ahí tienes, ahora deberás beber hasta la última gota y sin chistar.

Me sirve una tacita y comienzo a beber lentamente algo que no me apetece, pero debo justificar mi berrinche y poniendo mi mejor cara aquí estoy.

Mamá desde el otro lado de la mesa me mira con media sonrisa o a mí me parece. Está enojada eso sí y no sé qué hacer para que se le pase.

—¡No me gusta! ¡Esta bebida es horrible!

Mientras hago un esfuerzo por tragar pienso cómo es que a los adultos les gusta esta agua caliente, descolorida y sin sabor.

Cosechar como forma de vida

Leandro E. Sciotto

Bajar del tren y sentir lo nuevo por conocer, es mucho más fascinante que el viajar en tren inclusive. El cartel de estación, junto a ese tanque del medio evo anuncian el lugar: Pereyra, un barrio entre dos municipios, Berazategui y La Plata. Entre el parque en sí y las escuelas de oficiales de la policía, entre la naturaleza y lo accidental del hombre. Allí en ese barrio, la vida comienza muy temprano, entre quintas y actividades educativas. Entre las 8 y las 18 horas en dos turnos, mañana y tarde, siembra o cosecha. Hoy el panorama es distinto, es sábado a la tarde y los quinteros se encuentran descansando de la mañana light de hoy y el franco que llegará mañana al fin. Son el estado de las cosas, lo que maneja el tiempo de la tarde por venir.

Una bicicleta de alguien que la arrastra, la calle que se va intercambiando: entre la atmósfera de ciclistas deportistas y los transeúntes que se disciplinan en el ejercicio de a pie. En el medio esa bicicleta que se acerca y va transmitiendo, en el andar, alegorías de algún lugar del interior del país, de Salta tal vez. El hombre, al que se le dibuja una sonrisa en el rostro, camina lento, con su mirada alentadora hacia un punto inconcluso, el de esta tarde al sol: hay un pibe sacando fotos en este mundo extraño pero propio del Sur de la ciudad. Este mundo en el que Roberto Ponce de 64 años acaricia y entiende tanto como aquel entrevistado su papel en esta historia.

Pasamos la tranquera, que unos metros atrás dejamos pasar y nos encontramos allí con el invernáculo o invernadero de frente esa es la cuestión, mirar uno de los varios del lugar y entender que esto también es vida. Donde un señor afable, entrega su humildad en un minuto y nos hace, por un instante, viajar a otro mundo, a la historia del Chañar. Sembrar y cosechar sin más meta que poder llegar a cobrar el jornal por bulto, la meta o la ganancia a su trabajo. El suelo firme se siente, ese que lo hace tener una seguridad abismal ¿Qué fácil suena

en verdad? ¿Pero será así? Lo veremos saliendo a indagar y disfrutando una tarde en el cordón frutihortícola de Berazategui/La Plata.

Roberto trabaja la tierra junto a miembros de su familia (su hijo de 20, su hija de 22 y el marido de su hija que también trabaja junto a ellos), alguien le paga a él y su familia por lo que juntan. Pero a Roberto no le es incómoda esta situación, él sabe que tiene que laburar, o mejor dicho, cultivar y sembrar. Ya vendrá el camión del martes y del jueves a buscar lo que él con tanto esmero cosechó.

Roberto vive en una casa precaria de madera, una puerta y dos ventanas, allí conviven él, su nuera, su futuro nieto y el fruto más cercano a la dignidad que tiene, su hijo Juan Manuel. En la casa de enfrente viven su hija Natalia y toda su familia, ella dejó el nido, pero muy lejos no voló. Lo gracioso es que trabajan juntos, pero Roberto vive en un municipio y ella su hija vive en otro, están a una calle de diferencia. La vereda de ella pertenece a Berazategui y la vereda de él (ambas imaginarias porque ninguna existe) pertenece a La Plata. Caminamos doscientos metros juntos, entre charla y conversación, entre invitaciones y propagandas, Roberto ya era amigo y en diez minutos nos abrió la puerta de su casa y nos invitó a conocer su mundo. Un mundo que consta de levantarse temprano, tipo 7:30 nos dijo, y trabajar con las plantas: primero serán plantines que el cuidará a cada momento, después del trasplante (los plantines valen mucha plata, cada uno de ellos se los venden a los dueños en dólares, cosa que Roberto no creo que sepa con exactitud, lo que sí sabe, es que esta plantita será su pan de los próximos seis meses) una planta que regará, vigilará y cuidará hasta que ese tomatito diminuto, esté listo para comercializar. En el medio, hay un montón de frutos que no llegan ni a florecer, ni hablar si llueve mucho, o se registra un frío tenaz. Algo que Roberto sufre cada vez que le toca trabajar, quizás sí ocurre algo así, tal vez no llegue a cobrar su tan mentado jornal. Por eso cada planta vale millones y en vida humana una eternidad. De 7:30 a 12, el cosechero trabajará sin parar, luego el almuerzo: un guiso a las apuradas, fiambre o algún costillar, pero todo se hará despacio "... porque después hay que

continuar". Serán las 14:00 y caminará a trabajar de vuelta y seguirá siendo así dependiendo de la época y el clima, hasta las 18 sin parar. Así de sol a sol, con compañeros, con su familia o con alguien más que pase por el día y quiera trabajar. Como dijimos de sol a sol hasta julio, normalmente (vacaciones de invierno) donde al fin podrá descansar. En esos días nada va a ser igual porque para Roberto no trabajar es síntoma de enfermedad, la desorientación podrá más y sin querer volverá a trabajar, aunque sin darse cuenta. Me comentó que desde que vino nunca más volvió a viajar. Le quise preguntar por su familia, allá en Colonia Santa Rosa y apenas pudo articular unas palabras y le salió lo más sencillo: "No recuerdo ya, me es difícil hacer la cuenta, hace tiempo de que no..." "No voy" quiso decir y la incertidumbre me atrapó. Cuarenta años hace que Roberto Ponce cosechero del cordón frutihortícola platense no pisa el suelo que lo vio crecer. Seguramente los dueños, así como él los nombra, ni siquiera sepan de donde es. Y tal vez, estos dueños, sigan juntando millas a granel en las hojas de su pasaporte, gracias al tomatito cherry que Roberto trabaja. Ese mismo que para el señor Ponce es solo un jornal.

Hoy más en la actualidad, Roberto cosecha junto a 14 personas tomates y alguna que otra hortaliza de estación, juntando de a muchos la cosecha, como los hermanos que lo hacían en aquel campo del monte chaqueño, donde ellos jugaban a vivir y no importaba la cantidad. Allá cuidaban de tomates redondos, así lo menciona Roberto, no cherrys como en la actualidad, en esa época, aquel tomatito chiquito que ellos desconocían no existía y hoy lo trabajan como si fuera la gran fruta de estación del monte, o aquella fruta del sur de nuestro país y lo hacen como algo natural. El tomate cherry es toda una novedad, pero los métodos son los mismos y la historia similar. Antes el señor Ponce obedecía a sus padres, que le enseñaban mientras trabajaba; ellos respondían seguramente a un patrón o al dueño de una estancia del norte de Salta o del sur de Bolivia, dependiendo de cómo se miré ¡No creo yo que sean los mismos con los que hoy Roberto trabaja! Que según cuentan tienen mucha más plata y son

también muchos más de los que Roberto conoce. Pero el método es el mismo. Sembrar y cosechar.

Mientras tanto en algún galpón de ruta 36, este tomatito cherry, será limpiado, envasado y distribuido hacia algún hiper de la zona o con algo de suerte a alguna feria barrial, el sobrante quizás, la resaca. Aquella resaca que uno cansado de buscar precios saldrá a buscar, ya sea por el precio o simplemente por caridad.

Formato imagen física



Ganador

Fernando Julián Martínez,
por su obra *Asistencia a familias de Monte Chingolo*.



Primera mención

Laura Pi, por su obra *Estación La Plata*.



Segunda mención

Viviana Barbero, por su obra *Mi lugar*.

En el “Año del Bicentenario de la Provincia de Buenos Aires”, y en el marco del aislamiento social, preventivo y obligatorio, la Sociedad de Escritores de la Provincia, la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires y la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata organizó la convocatoria artística virtual “Con cierto Recuerdo”.

Destinada a todas las personas nacidas o residentes en la Provincia de Buenos Aires, fue una propuesta abierta con el fin de desarrollar trabajos tanto individuales como grupales.

La convocatoria tuvo como finalidad poner en valor la historia y la memoria de nuestra provincia y al mismo tiempo celebrar la multiplicidad de expresiones artísticas y culturales con el objetivo de estimular la producción de materiales creativos y artísticos en cuatro formatos: gráfico, sonoro, imagen fija e imagen en movimiento.

